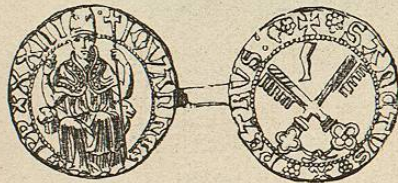


fe, á la extirpación del referido cisma y á la reforma general de la Iglesia, en su jefe y en sus miembros.» De este modo establecía la superioridad de los concilios ecuménicos sobre los papas. El emperador Segismundo fué entonces de parecer de que el concilio procediera á la «reforma general» antes de la elección de papa; pero esta opinión no prevaleció, pues los mismos Gerson y Pedro de Ailli entendieron que un concilio sin papa no tenía autoridad bastante para reformar la Iglesia. Entonces fué elegido Martín V, el cual, no pudiendo aceptar la decadencia del Papado, no confirmó el decreto que había establecido la superioridad de los concilios. En cambio, sancionó algunos decretos que restringían ó suprimían algunos abusos y firmó concordatos con las naciones; pero la «reforma general» no se hacía y con ello quedaba la Iglesia expuesta al peligro de una guerra religiosa.



Moneda de plata de Juan XXIII

Durante el cisma planteóse la cuestión, tan interesante en nuestra historia nacional, de las «libertades de la Iglesia galicana.» El régimen establecido durante la neutralidad había devuelto á la Iglesia de Francia, como se decía entonces, «sus antiguas libertades y disposiciones de derecho común,» entendiéndose por ello sobre todo las protecciones contra el poder pontificio. La reunión de concilios provinciales anuales, la reconstitución de los poderes de los primados y de los metropolitanos, el restablecimiento de las elecciones canónicas y en general del derecho antiguo para la colación de los beneficios debían libertar al clero francés de una tutela y de un monopolio que el tiempo no había hecho más que agravar.

Mediante esta restauración de las libertades esperábase, en particular, desembarazarse de todos los impuestos sobre los beneficios y de las contribuciones generales tan ingeniosamente multiplicadas por los papas. Por último, para mejor asegurar esta redención, pasará á ser una de las máximas galicanas la superioridad de los concilios ecuménicos sobre los papas que los más eminentes doctores franceses reclamaban.

En una palabra, el «galicanismo,» tal como aparece entonces, todavía confuso, es una concepción de la vida de la Iglesia opuesta á la concepción pontificia, que tendía al absolutismo; es la idea de que el gobierno de la Iglesia universal á ella corresponde, y de que dentro de la Iglesia universal existen iglesias nacionales que tienen cierto derecho á gobernarse á sí mismas; es además una protesta contra los derechos fiscales de Roma que lesionan los intereses materiales de los beneficiarios. Constituye, pues, una reacción contra todo el progreso del poder pontificio, una voluntad de volver á los antiguos tiempos de la Iglesia, suponiendo que en ellos todo sucedía según las reglas canónicas, lo cual no dejaba de ser una gran ilusión. Por otra parte, preciso es repetir que toda esta doctrina está aún en vías de for-

mación; las protestas galicanas más concretas van dirigidas contra las demasías fiscales de los papas.

Estos se defendieron con éxito contra aquella reacción: Alejandro V, el elegido del concilio de Pisa, no quiso que se hiciera «retroceder al Papado más de un siglo,» y sólo consintió en concesiones ilusorias, y Juan XXIII pretendió percibir sobre el clero de Francia un diezmo que luego transformó, para evitar reclamaciones, en un «subsidio caritativo» que venía á ser casi lo mismo.

En Francia no existía gobierno estable para defender la causa de las libertades de la Iglesia. Desde 1408 el poder estaba en manos del duque de Borgoña, el cual necesitaba el apoyo del papa en los Países Bajos y contra los armagnacs. Por otra parte, el rey y el papa tenían gran interés en llegar á una inteligencia. La hacienda real se encontraba en pésimo estado y los subsidios otorgados por el clero espiraban á principios de 1410; pero Juan XXIII, demostrando con ello gran habilidad, concedió al rey autorización para seguir percibiéndolos durante otros tres años. Además la libertad de las elecciones convenía tan poco al rey como al papa: el monarca se conformaba perfectamente con la colación por el pontífice con tal de que éste le diera generosa participación, cosa que el papa no dejaba de hacer. La misma Universidad llegaba á echar de menos las provisiones apostólicas, pues necesitaba numerosos beneficios para sus graduados, y los papas generalmente les habían colmado de ellos. En el mes de febrero de 1412 el rector declaraba «que el derecho de colación del papa era sagrado» y que no podía atentarse contra él; el papa Juan XXIII recompensó generosamente este cambio de la Universidad, que de este modo volvía al buen camino, y nombró cardenal al mismo Simón de Cramaud.

Pero en 1413 los armagnacs recobran el poder y se presentan como defensores de la Iglesia nacional contra los abusos de la autoridad pontificia. Cierta que aquel ardor no tardó en calmarse por algún tiempo, merced á los lucrativos favores pródigamente otorgados por Juan XXIII; sin embargo de ello, en el concilio de Constanza, los embajadores del rey y los representantes del clero y de la Universidad, aterrizados entonces por los armagnacs, sostuvieron con energía las grandes reformas propuestas y la restauración de las libertades, sin que á pesar de sus esfuerzos pudiera llegarse á una solución general. Fué preciso contentarse con poco: el nuevo papa, Martín V, sin abandonar ninguno de los derechos adquiridos por el Papado, pero deseoso de dar alguna satisfacción á las aspiraciones de la asamblea, firmó con las naciones latinas, y especialmente con la francesa, un concordato en que se establecían reglas sobre el número de cardenales, las reservas, las anatas, las sentencias en el tribunal de Roma, las encomiendas, las indulgencias y las dispensas. Por este concordato se moderaban las exacciones pontificias, pero se mantenían todas.

A medida que se exasperó la lucha contra los borgoñones acentuóse la política galicana de los armagnacs. Por otra parte, existía en aquella época un espíritu galicano muy ardiente entre los funcionarios del rey. El galicanismo de éstos reviste un carácter particular; enemigos ó por lo menos adversarios por fervor monárqui-

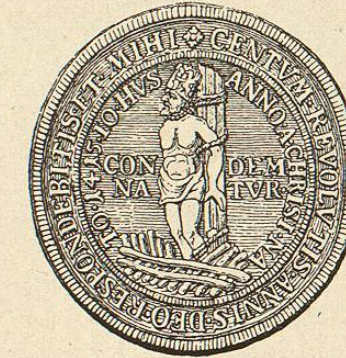
CAPÍTULO IV

LA INVASIÓN INGLESA (1)

I. Azincourt.—II. El reinado de los armagnacs.—III. Los borgoñones en París y los ingleses en Ruán.—IV. Asesinato de Montereau.—V. El tratado de Troyes.—VI. La muerte de los reyes.

I.—Azincourt (2)

Enrique IV de Inglaterra, que falleció en 20 de marzo de 1413, había, en los últimos años de su reinado y á causa del quebrantamiento de su salud, aceptado las alianzas francesas, borgoñona y orleanista, que cínicamente se le ofrecían, pero no había sabido sacar de ellas gran provecho. Su hijo Enrique V, que contaba veinti-



Medalla de plata conmemorativa del suplicio de Huss. (Gabinete Numismático de Berlín.)

bertades» de las Iglesias del reino. El rector y un maestro en teología, que había protestado, fueron detenidos y encerrados en la cárcel. En otra sesión celebrada en el Parlamento de 16 de marzo se invocaron en favor del régimen de 1407 las razones financieras á que tantas veces se había recurrido, haciendo ver que las exacciones pontificias hacían salir del reino todo el oro y la plata. Nuevas actas confirmaron las prescripciones anteriores sobre la colación de beneficios y prohibieron que se enviase dinero á Roma y que se solicitasen gracias expectativas.

Pero el reino estaba entonces demasiado perturbado para que tales cuestiones pudieran ser resueltas. Cuando los borgoñones regresaron á París, deshicieron todo cuanto los armagnacs habían hecho, pues el duque de Borgoña seguía tratando con miramientos al papa. En 9 de septiembre de 1418 fueron anuladas todas las anteriores ordenanzas, y habiéndose negado el canciller y el procurador general en el Parlamento, el primero á sellar y el segundo á publicar el acta de anulación, prescindióse de estas formalidades. De modo que la parte borgoñona del reino vivió dentro del régimen del concordato de Constanza; es más, cuando en 1420, después del tratado de Troyes, Inglaterra se estableció en el Norte de Francia, el papa recobró allí toda su libertad. Pero el régimen galicano se mantuvo en los países en donde dominaban los armagnacs, y Francia se encontró también dividida en dos desde el punto de vista eclesiástico. La «recuperación de Francia» por los armagnacs debía traer consigo, en tiempo de Carlos VII, el triunfo de sus principios: la Pragmática Sanción de Bourges no hará más que terminar lo que las ordenanzas de 1407 habían preparado.

siete años, había hecho su aprendizaje de guerra como príncipe de Gales, teniente del rey en la guerra contra Owen Glendowr, condestable de Douvres, guarda de los Cinco Puertos y capitán de Calais. La juventud no había sido tan turbulenta y disipada como él mismo quiso, por falsa humildad, afirmar á su advenimiento al trono: era instruído, devoto, de una piedad presuntuosa y teatral, frío, duro, glorioso, y soñaba con renovar las victorias de Eduardo III y con reanudar las cruzadas.

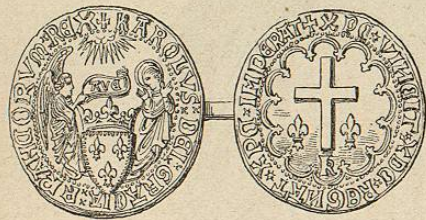
Las treguas pactadas en tiempo de Enrique IV entre Francia é Inglaterra fueron prorrogadas hasta 2 de febrero de 1415; pero Enrique V estaba de antemano resuelto á reproducir las pretensiones inglesas sobre la corona de Francia, y á la ambición del rey juntábase la codicia de los ingleses. El partido de la guerra y del saqueo de Francia era muy fuerte en Inglaterra; en el Parlamento de Leicéster, el duque de Exeter se complacía, en mayo de 1414, en recordar cómo, á diferencia de Escocia, era Francia un país fértil, agradable y lleno de recursos, con ricas ciudades, magníficas villas,

(1) FUENTES.—Véanse págs. 516 y 543. Antonio Morosini, *Chronique*, edición Lefevre-Pontalis, II, 1899; *Henrici V Angliae regis gesta*, edición B. Williams, 1850. J. Capgrave, *Liber de illustribus Henricis*, edición Hingeston, 1858. *Memorials of Henry V*, publicados por C. A. Cole, 1858. Rymer, *Federa, conventiones, litterae... inter reges Angliae et alios quosvis regis*, etc., III, 1740. OBRAS DE CONSULTA.—Vallet de Viriville, *Histoire de Charles VII*, I, 1862. De Beaumont, *Histoire de Charles VII*, I, 1881. Cosneau, *Le connétable de Richemont*, 1886.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—De la Roncière, *Histoire de la marine française*, II, 1900. Hellot, *Récit du siège d'Harfleur en 1415*, 1881. Harris Nicolás, *History of the battle of Azincourt*, 1833. R. de Belleval, *Azincourt*, 1865. G. Köhler, *Die Entwicklung des Kriegswesens und der Kriegsführung in der Ritterzeit*, II, 1886.

innumerables castillos, veinticuatro ducados poderosos, más de ochenta provincias abundantemente pobladas, ciento tres obispados famosos, más de mil monasterios productivos y noventa mil parroquias.»

Enrique encontró en seguida un buen aliado, el duque de Borgoña, á quien el rey y su consejo armagnac, después de la caída de los cabochianos, habían declarado rebelde y enemigo del reino. Desde fines de enero de 1414 habíanse entablado misteriosas negociaciones entre Juan *Sin Miedo* y Enrique V, y en 23 de mayo, por el convenio preliminar de Leicéster, el rey y el duque habían firmado una alianza ofensiva y defensiva: Juan *Sin Miedo* ayudaría á Enrique V á conquistar los dominios de los príncipes del partido armagnac, recibiría su parte en la conquista del patrimonio real, guardando empero la neutralidad con respecto al rey y al delfín, y finalmente, en una fecha ulterior prestaría ho-



Moneda de Carlos VI

menaje ligó al rey de Inglaterra. El convenio de Leicéster fué precisado y agravado el día 7 del siguiente agosto en Ipres. Sin embargo, Juan *Sin Miedo* jugaba á la vez dos partidas distintas, puesto que al mismo tiempo que pactaba con Enrique V, negaba sus relaciones con éste, y cuando firmó con el rey de Francia la paz llamada de Arrás, hizo dar á Carlos VI la seguridad de que ningún pacto le ligaba con los enemigos del reino. Esperaba el porvenir para decidirse definitivamente; pero Enrique V contaba con él.

Ya en agosto de 1414 el rey de Inglaterra había presentado por medio de embajadores dos peticiones, de las cuales la primera era extraña, puesto que en ella exigía de Carlos VI que le devolviera el reino de Francia; pero su pretensión no podía justificarse en modo alguno. En efecto, cuando Eduardo III pretendió la corona de Francia, invocó un derecho de herencia por línea femenina; pues bien, este derecho había pasado á su más próximo descendiente en el orden de la primogenitura, el príncipe March, nieto de Lionel, duque de Clarence, hijo segundo de Eduardo III, al paso que Enrique no era sino nieto del duque de Lancáster, tercer hijo de aquél. Sin duda para crearse un derecho más sólido, solicitaba Enrique V, y esta era su segunda petición, la mano de Catalina de Francia, hija de Carlos VI. Su embajada fué colmada de honores y presentes, pero no obtuvo contestación alguna; y habiendo el pretendiente reproducido su demanda, el rey de Francia contestóle, en enero de 1415, con la promesa de enviar una gran embajada á Inglaterra. En el entretanto Enrique V escribió á Carlos VI cartas patéticas, en las cuales invocaba recuerdos bíblicos y ponía á Dios por testigo de que no perseguía ningún interés particular y de que detestaba la efusión de sangre, afirmando que no sería culpa suya si la paz se rompía.

A fines de junio de 1415 llegó á Inglaterra la emba-

jada francesa, compuesta de 600 personas y que á Enrique V le pareció demasiado numerosa para una negociación que él quería que fuese muy rápida. El rey, vestido con largo ropón real de tisú de oro, la recibió en la sala episcopal de Winchéster, y el arzobispo de Bourges, en nombre de su señor, le ofreció la mano de Catalina de Francia, con una dote de ochocientos cincuenta mil escudos de oro, quince ciudades y siete ducados y senescalías en Aquitania. Parecía que iba á llegarse á una inteligencia, pero cuando fué necesario concretar las condiciones de pago y de cesión, Enrique V exigió ventajas y garantías que era imposible otorgarle. El arzobispo, á quien el rey había permitido que le respondiera atrevidamente, le declaró que Carlos VI era el único verdadero rey de Francia; que él, Lancáster, no era verdadero rey de Inglaterra y que no había posibilidad de tratar con él; á lo que el rey, «descontento», replicó con «palabras fuertes y orgullosas, y les dijo que se fueran y que él les seguiría de cerca.»

En efecto, «el viaje de Francia» estaba preparado desde hacía muchos meses, pues ya en febrero el rey había mandado que se dispusieran tiendas y pabellones. Habíanse comprometido varios barcos en las costas de Inglaterra para los primeros días de bonanza, y alquilado otros en las costas holandesas. Las provisiones de carretas, hierros, arneses, ganado y víveres se amontonaban en Southampton y en Calais. El día 24 de julio Enrique hizo su testamento, y el 28 dirigió á Carlos VI un último llamamiento en pro de la paz, que no era otra cosa que una especie de reto.

Al anoecer del 13 de agosto el buque *Trinite*, en donde iba el rey de Inglaterra, echaba anclas al abrigo de la punta de la Heve, en el sitio llamado Chef de Caux, seguido por mil cuatrocientas embarcaciones; y sin que ningún enemigo lo impidiera, treinta mil hombres desembarcaron y acamparon en la meseta de Sainte-Adresse con gran material de artillería y máquinas de sitio.

El primer obstáculo que habían de encontrar los ingleses era el puerto de Harfleur, en la desembocadura del Lezarde, en el estuario del Sena, donde en aquella sazón no había ningún buque. El rey de Inglaterra quería hacer de aquella plaza otra Calais, porque «era la llave principal de toda la Normandía.» El 19 de agosto quedaba terminado el cerco, al mismo tiempo que varias partidas inglesas recorrían el país, á cuyos habitantes anunciaba Enrique V «que había venido á su tierra, á su país y á su reino para ponerlos en franquicia y libertad, tal como el rey San Luis había tenido á su pueblo.»

Harfleur hallábase defendido únicamente por cien lanzas, que en 18 de agosto recibieron el auxilio de otras trescientas mandadas por el señor de Gaucourt: aquella era toda la fuerza que guarnecía la plaza. El gobierno real estaba desprevenido, sin ejército y sin dinero. Hacia el 18 de septiembre, Gaucourt y una parte de los sitiados convinieron en enviar emisarios al rey y rendirse en el caso de que dentro de tres días no recibieran ningún socorro. Los mensajeros de Harfleur encontraron al delfín en Vernón y al rey en Mantes, y recibieron por respuesta «que las fuerzas del rey no estaban aún reunidas ni dispuestas para prestar socorro tan precipitadamente.» El 22 de septiembre, la ciudad, aun-

que contaba, según se dice, con abundantes recursos, envió diputados para tratar de la capitulación. «Fueron conducidos á una tienda, dice el capellán del rey de Inglaterra, y se arrodillaron, pero no vieron al rey; luego á otra tienda, en donde permanecieron arrodillados

la ciudad.» Enrique V entró devotamente en Harfleur, hízose descalzar, y «de este modo llegó hasta la iglesia de San Martín é hizo oración, dando gracias á su Creador por su buena fortuna.»

El rey de Inglaterra permaneció en Harfleur veinte



Enrique IV de Inglaterra y su esposa Juana de Navarra.
(Estatuas sepulcrales existentes en la capilla de Santo Tomás de la catedral de Cantorbery.)

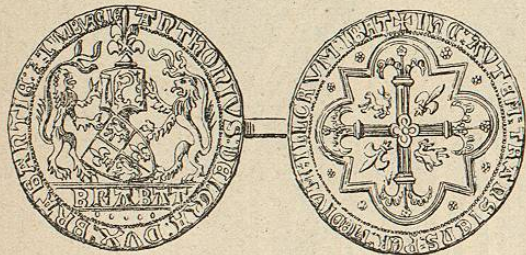
largo rato, pero tampoco vieron al rey; en tercer lugar se les introdujo en una tienda interior, en donde tampoco se dejó ver el rey; y, por último, se les llevó adonde el rey estaba. Permanecieron largo tiempo de rodillas, y nuestro rey no les concedió ni una mirada hasta que hubieron permanecido de rodillas mucho tiempo. Entonces el rey les miró é hizo seña al conde de Dorset para que recibiera las llaves de la ciudad.» El botín fué exactamente inventariado, y la mayor parte de las gentes de iglesia y de las mujeres fueron «sacadas de

días, el tiempo de instalar una guarnición y de enviar á Inglaterra á los enfermos y el botín. La estación se hallaba demasiado avanzada para emprender la marcha hacia París, por lo que, imitando á Eduardo III, Enrique decidió llegar á Calais por tierra, viviendo sobre el país. El 8 de octubre se puso en camino al través de la comarca de Caux.

Tan grandes eran el desorden y la penuria que reinaban en Francia, que hasta primeros de octubre no pudo reunirse el ejército real en Ruán á las órdenes de

Carlos VI, del delfín y del condestable. Los hombres de armas pertenecían casi todos á la nobleza. A las ciudades se les habían pedido especialmente máquinas y cañones; sus arqueros y ballesteros, á pesar de estar bien armados y de «tener gran voluntad de servir,» eran, al parecer, inútiles, y las gentes de armas los vilipendiaban y despreciaban. Aquel ejército era del mismo género que los de Creci y de Poitiers.

Juan *Sin Miedo* continuaba observando una conducta equívoca, y se veía entonces solicitado por ambos reyes. Desde mayo á septiembre de 1415, las embajadas que le enviara Carlos VI habían sucedido á las que antes recibiera de Enrique V. El consejo del rey había decidido por prudencia pedir á los dos adversarios, Borgoña y Orleans, un socorro de quinientos escopeteros y trescientos ballesteros, suplicando á cada uno de aquellos que no se moviera de su casa. Juan *Sin Miedo* con-



Moneda de Antonio de Borgoña, duque de Brabante

testó al rey con una carta que sería hermosa si no fuese falaz, en la que decía: «Y se quiere, bajo fútil pretexto, privarme del servicio que debo y estoy obligado á prestar, so pena de perder mi honor que me liga y que quiero conservar más que cualquiera cosa terrena. No hay que pensar en que mi primo Orleans, ni yo, ni nadie, queramos cometer tan grave falta para con Dios, para con Vuestra Majestad y para con vuestro reino, con gran confusión y desolación de nosotros mismos, que con vuestra felicidad estamos en vías de prosperidad, y con vuestra desgracia nos vemos rebajados y decaídos.» Y anuncia que acudirá «con mayor número, vista la necesidad presente.» Sospechóse, no sin fundamento, que deseaba aprovechar la ocasión para derribar al partido armagnac y apoderarse del gobierno, por lo que sus ofertas fueron rechazadas. Inmediatamente dió orden á la nobleza de Picardía, y sin duda también á la de Artois y Flandes, de que se abstuviera; hizo vigilar de cerca á su hijo el conde de Charolais, que quería unirse al ejército del rey, y si en el ejército que defendió el reino hubo picardos y borgoñones, fué contra su voluntad.

Enrique V quiso, como Eduardo III, pasar el Somma por Blanquetaque; pero habiendo un escudero gascón, hecho prisionero por los ingleses, revelado que aquel paso estaba fuertemente guardado, hubo el rey de Inglaterra de remontar la orilla izquierda del río hasta cerca de Nesle, en donde encontró entre los pantanos una calzada abandonada. Todo el día 19 lo empleó el ejército inglés en cruzar el río, transpuesto el cual forzó las etapas hacia el Norte. Los más pequeños desórdenes y los robos más insignificantes eran castigados con pena de muerte. Los ingleses no se detenían para nada, sino que caminaban rápidamente, sufriendo la lluvia que no cesaba de caer; pero el día 24 de octubre, al lle-

gar á Azincourt, se encontraron con el ejército francés.

Los príncipes que al mando de éste estaban, habían, desde hacía muchos días, enviado á pedir al rey permiso para combatir. El duque de Berri, acordándose de Poitiers, quería que se evitara la acción, pero sólo se le concedió que ni el rey ni el delfín asistirían á la batalla. El ejército francés se componía de unos cincuenta mil hombres, y esperaba grandes refuerzos que estaban todavía en camino. Desgraciadamente, la posición escogida era mala, pues los franceses habíanse situado entre Azincourt y Tramecourt, en una pequeña meseta de unos quinientos metros de anchura, en donde no había espacio «más que para los hombres de armas.» Durante toda la noche del 24 al 25 de octubre llovió. La mayor parte de los soldados permanecieron á caballo hasta la mañana en tierras de labor, y al ser de día todos desmontaron, excepción hecha de dos escuadrones que debían operar sobre los flancos. Las armaduras pesaban enormemente; el barro era resbaladizo y espeso. Como en Poitiers, fué preciso acortar las lanzas, y en el momento de empezar la acción, las tres «batallas del ejército estaban amontonadas en treinta ó cuarenta filas de fondo, sin articulaciones, inertes y atascadas.»

A seiscientos metros de allí, en el campamento inglés, había reinado durante toda la noche un silencio absoluto que el rey había impuesto bajo las más rigurosas penas. Por la mañana, después que Enrique V, completamente armado, hubo oído tres misas, el ejército inglés se colocó en orden de combate: una gran «batalla» en el centro á las órdenes del rey, y dos alas formando un total de unos trece mil hombres, ó sea tres ó cuatro veces menos que el ejército francés. Pero así como éste, limitado por el terreno, formaba un gran fondo con escaso frente, los ingleses se alineaban sobre una línea extensa en cuatro filas. Por fin, á las once, estos últimos, después de haber esperado en vano el ataque de los franceses, empezaron el combate.

Los arqueros ingleses, muy libres en sus movimientos, «con sus jubones, los calzones sueltos y algunos descalzos,» clavaron en tierra delante de ellos estacas afiladas y se pusieron á disparar. Hostigada por la lluvia de flechas, cegada por el sol, la pesada masa de la caballería francesa decidió ponerse en movimiento y buscar el contacto; pero sólo las primeras filas pudieron pelear, pues las demás se estrujaron sin poder avanzar ni retroceder. Encabritanse los caballos de los escuadrones de las alas, y volviéndose atrás se arrojan sobre la primera batalla; entonces los ingleses atacan con armas blancas, los arqueros arrojan sus arcos y sus aljabas, empuñan sus espadas y matan soldados «á montones, pareciendo que golpeaban sobre un yunque.» Destruída la primera batalla, el resto del ejército apenas opone resistencia; al fin de la jornada llega á galope el duque de Brabante, hermano de Juan *Sin Miedo*, que se precipita en medio de los combatientes y muere en el combate.

Los ingleses no sabían qué hacer con tantos prisioneros como en su poder habían caído, y Enrique V, en un momento en que parecía que el adversario iba á tomar la ofensiva, mandó darles muerte; pero como un prisionero era una fortuna para el que lo tenía, los ingleses vacilaron. Doscientos arqueros fueron encarga-

dos de la ejecución, y «á sangre fría se mató allí á toda aquella nobleza francesa, cortándose cabezas y rostros.» Pasado el peligro, cesó la carnicería; eran cerca de las cuatro y empezaba nuevamente á llover.

Las pérdidas de los ingleses no pasaron de cuatrocientos á quinientos hombres; los franceses no debieron tener menos de siete mil muertos ó mortalmente heridos, todos nobles, entre ellos algunos príncipes de la sangre, el duque de Brabante y el conde de Nevers; de la casa de Borgoña el duque de Alenzón, el duque de Bar, y además el condestable, el almirante, etc. Los prisioneros que se salvaron de la matanza eran en número de unos mil quinientos: los más notables, como los duques de Orleans y de Borbón, el conde de Richemont y Boucicaut, fueron conducidos á Inglaterra.

A la mañana siguiente encaminóse Enrique V hacia Calais, en donde se embarcó el 16 de noviembre: pretendía que sus virtudes y las de su pueblo y su fidelidad al papa de Roma habían hecho que Dios le eligiera para ejecutar su venganza. Y en el camino de Azincourt á Calais había tratado de consolar al duque de Orleans, diciéndole: «Primo mío, poned buena cara; conozco que Dios me ha concedido la gracia de triunfar sobre los franceses, no porque yo merezca tal merced, sino porque creo que Dios ha querido castigarlos; y si es verdad lo que de ellos he oído decir, no es maravilla, pues se dice que jamás ha habido más desorden ni más desenfreno de voluptuosidad, de pecados y de malos vicios que los que hoy reinan en Francia.»

II.—El reinado de los armagnacs (1)

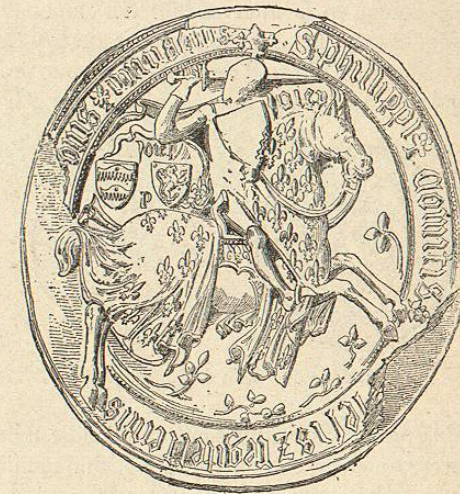
Desde Ruán, en donde se encontraban, Carlos VI y el delfín regresaron á París con escaso acompañamiento. La entrada en la capital fué silenciosa; el rey llevaba un ropón que usaba continuamente desde hacía dos años, «y también la caperuza y los cabellos hasta los hombros.»

Desde la desaparición de los cabochianos y el regreso de los príncipes en 1413, París y el gobierno estaban en manos de los armagnacs; por esto todos los borgoñones del reino se habían felicitado de la victoria de los ingleses y de la captura del duque de Orleans. Cierta que el duque de Borgoña se había vestido de riguroso luto por la pérdida de sus dos hermanos muertos en el campo de batalla y que había enviado por medio de un heraldo su guantelete al rey de Inglaterra; pero Enrique V despidió amablemente al heraldo y devolvió el guante. Y Juan *Sin Miedo*, que no se había movido en el momento de la invasión inglesa, que había prohibido á su hijo y á sus vasallos que se unieran al ejército real, creyó llegada la oportunidad de reunir un ejército para llevarlo delante de París y reconquistar el gobierno. Desde el 10 de diciembre de 1415 al 28 de enero de 1416 permaneció en armas en Lagni, negociando y amenazando y en espera de una ocasión, mientras sus tropas saquean las comarcas de Brie, Champaña y la Isla de Francia.

Nadie, de entre los príncipes, es capaz de tomar en sus manos la dirección de los negocios: la reina Isabel,

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Max Lenz, *König Sigismund und Heinrich der Fünfte von England*, 1874. J. Caro, *Das Bündnis von Canterbury*, 1880.

entorpecida por la gordura y por la gota, es de una frialdad incurable. «Se murmuraba que en el palacio de la reina se hacían muchas cosas deshonestas,» tanto que un día fué preciso desterrarla á Tours. El delfín es «pesado y tardío,» se ocupa exclusivamente de música y de canto, se pasa la noche «en vela y haciendo poco» y se acuesta «al amanecer ó á la salida del sol.» El duque de Berri es un viejo gastado. Y sobre esta extraña familia descarga la muerte golpes redoblados: el delfín, Luis, duque de Guiena, muere el 18 de diciembre de 1415; el duque de Berri en 15 de junio de 1416; el nuevo delfín, Juan, duque de Turena, en 5 de abril de 1417, y el rey de Sicilia en 30 de abril del año siguiente.



Sello del conde de Nevers

Un amo se ha impuesto al rey y al reino, un gascón endiablado, sin piedad y sin temor, Bernardo VII de Armagnac, suegro del duque de Orleans. Nombrado condestable en 30 de diciembre de 1415, gobierna en París en nombre del rey loco y luego en el de Carlos, tercer delfín, el futuro Carlos VII; organiza ante todo la defensa contra los borgoñones y hace venir de Gascuña tropas seguras y terribles; prefiriéndolas á la nobleza vencida en Azincourt. Las partidas de armagnacs se diseminan por todas partes en donde los borgoñones no están establecidos, y toda la región de los alrededores de París, la Picardía, la Normandía y una parte de la Champaña son asoladas. En París, todos aquellos sobre quienes recaen sospechas de profesar simpatías borgoñonas, en el Parlamento, en la Universidad, en el Châtelet y entre la clase media, son encarcelados ó expulsados de la ciudad. En el verano de 1417 son desterradas, en el espacio de tres semanas, ochocientas personas, hombres y mujeres; amurállanse las puertas de la ciudad, y se prohíbe á las gentes reunirse y celebrar sin autorización fiestas de familia: «En aquel tiempo había, cuando se verificaba una boda, ciertos comisarios y alguaciles, á costa del novio, á fin de vigilar para que nadie murmurase de nada.» Queda prohibido guardar armas y tener en la ventana arca, ni maceta ni banasta, ni «cuesta en jardín,» ni botella de vinagre, bajo pena de pérdida de libertad y de bienes, así como bañarse en el río bajo pena de ser «colgado por el pescuezo.» Al mismo tiempo, el hambre se anuncia: el pan, el vino, los huevos y el queso se encarecen. En toda Francia huye la gente ante los ingleses, los borgoñones